

RELATOS CORTOS DE VIDAS QUE CUENTAN III



La sabiduría que da el paso del tiempo

Textos originales
Varias autoras y autores



●●● Compromiso y Solidaridad
con la Persona



Selección de relatos cortos presentados a la IV Edición
del concurso de relato corto de Fundación Lares

Varias autoras y autores

Grupo social Lares

Primera edición: 2022

Varias/os autoras/es

Adaptación a lectura fácil: María Peralta Vidaurreta

Grupo social Lares

www.lares.org.es



Esta obra, en su parte señalada, sigue las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Libraries Associations and Institutions) para materiales de Lectura Fácil dirigidos a personas con dificultades de comprensión lectora.

Tiene la aprobación de la Asociación Lectura Fácil (Madrid)

Esta publicación ha sido realizada dentro del proyecto de **FUNDACIÓN LARES**: “Clubes de Lectura Fácil para residencias y centros de personas mayores y personas en situación de discapacidad”, financiado por el **Ministerio de Cultura y Deporte**



Índice

| | |
|--------------------|---|
| Presentación | 5 |
|--------------------|---|

RELATOS PREMIADOS

| | |
|----------------------------------------------|----|
| Carta a Emiliano | 9 |
| Casa de muñecas – abuelas | 15 |
| La sabiduría que da el paso del tiempo | 21 |

RELATOS CON MENCIÓN ESPECIAL

| | |
|----------------------------------------------|----|
| La sabiduría que da el paso del tiempo | 27 |
| Los dos bandos | 31 |
| La sabiduría que da el paso del tiempo | 35 |
| Textos adaptados a lectura fácil | 39 |

Presentación

En Lares nos sentimos muy felices con la publicación de este libro y queremos compartir este sentimiento con las personas lectoras.

Este libro trata de una selección de relatos presentados en la IV Edición del Concurso de Relato Corto, organizado por la Fundación Lares dentro de su proyecto Clubs de Lectura Fácil para residencias y centros de mayores y personas en situación de discapacidad.

Podemos encontrar en el presente libro los relatos ganadores del certamen y los relatos que el jurado ha destacado con mención especial.

La temática de los relatos, “La sabiduría que da el paso del tiempo”, nos ha dejado reflexiones basadas en la experiencia y sabiduría, siendo de gran calado emocional.

El libro recoge tanto los textos originales presentados al concurso, como su versión adaptada a Lectura Fácil.

Estamos convencidas y convencidos de que estos relatos despertarán en la persona lectora multitud de emociones y aprendizajes de vida.

¡Os invitamos a que pasen página y disfruten de su lectura!

Juan I. Vela Caudevilla
Presidente de Fundación Lares

RELATOS PREMIADOS



Mi nombre es María de los Ángeles, tengo 81 años y tres hijos/as. He trabajado como profesora en Santander y en Madrid. Mi relato es una carta dirigida a mi marido, Emiliano, fallecido en el 2018, a quien echo mucho de menos. Actualmente, me encuentro en la Residencia Asociación Rosas del Camino, en Madrid. Sigo conservando mi pasión por la escritura, la lectura y la música. Para mí la lectura sigue siendo un pasatiempo y una forma de aprendizaje agradable.

Carta a Emiliano

María de los Ángeles

Querido Emi;

Estoy pensando en ti, como es en mi habitual, pues te hecho mucho en falta, de todas formas, me queda a ilusión de que tuviste relativamente una buena muerte y si digo relativamente es porque la muerte nunca es buena. ¡Quién nos lo iba a decir a nosotros, con el buen aspecto que tenías!

Recuerdo que un día me dijiste que te estabas muriendo y yo te pregunté:

¿Tienes fiebre?

Y me dijiste que no, entonces:

¿Te dolerá algo?

Y me dijiste que tampoco, yo te contesté:

Con el buen aspecto que tienes, pues estás igual que siempre, tienes cuerda para rato, incluso para aburrirte.

Y no te creí, el caso es que acertaste, como casi siempre. Me gustaría mucho que tú también te acordaras de mí, lo que no

dudo y me compensa un poco saber que estás mejor que aquí, junto a tu madre, pues siempre fuiste buena persona.

Yo te sigo queriendo y espero no tardar en verte, pues los años se pasan tan rápidamente como el tiempo, como si volaran. Nuestros hijos están bien y también se portan bien.

Son buenos, tienen a quien salir, es decir a ti.

Recuerdo ahora cuando te conocí, te vi y me gustaste u no lo disimulé, ¿para qué? Si al fin estas cosas siempre se terminan por saber, me acerqué a ti como si me hubieran echado pegamento, desde entonces hasta hoy. No veas lo triste que me he quedado desde que te moriste, yo que creía que ibas a volver en septiembre. ¡Menudo chasco! Me llevé.

Bueno, espero verte pronto y esto va a hacer que me duela o me fastidie menos el morir. Me das un poco de envidia, tú ya pasaste el mal trago y yo aún lo tengo que pasar y no sé cómo, luego está la muerte de nuestros hijos. Dios quiera que les sea leve y buena, mis padres y los tuyos ya murieron, que en paz descansen.

Te estoy escribiendo en la residencia “Las Rosas del Camino” junto a unos compañeros que pasan de los 90 años y que se les ha olvidado jugar a las cartas, como a mí.



Los oigo hablar y por lo bajines me río. Son Lucia y Domingo, como este último está medio ciego, las cartas son gigantes, se caen de las manos. A Lucia no le gustan de ese tamaño y comenta:

Esta carta está estropeada ¿La tiramos?

Bueno, contesta Domingo.... Y siguen jugando.

Aquí el que no se ríe es porque no quiere, motivos no faltan.

Bueno, te diré que estoy algo enfadada contigo, pues has tomado las de Villadiego, ¡A quién se le ocurre morirse con lo bien que lo podíamos pasar haciendo viajes! Contigo daba gusto viajar pies todo lo conocías y sabias donde estaba lo más interesante.

Espero que cuando tenga que hacer el viaje más largo me vayas a buscar y me enseñes la porción del purgatorio que me toque soportar, mientras ese día llega, te deseo lo mejor y que vayas pronto a gozar de Dios en el Cielo.

Un abrazo junto a muchos besos de tu esposa.

Y para terminar te dejo esta poesía que tanto recitaba en casa, recordando a mi abuelo, y en honor a la música:

A LA MÚSICA

*Arte del cielo soy: temblando broto
de la armonía del divino acento,
estela de sonidos que en el viento
dejó el hervor del génesis remoto,*

*Lazo de unión, por el tiempo roto,
que juntó la razón al sentimiento;
cóndor audaz que arrastra al pensamiento
hacia la esfera vaga de lo ignoto.*

*Destruir mi existencia inextinguible,
mientras de Dios en los espacios hable
la soberana voz; será imposible.*

*Soy el arte de ver en lo insondable,
el arte de entender lo indefinible,
el arte de sentir lo inexplicable.*



Mi nombre es Ricardo, tengo 78 años. Actualmente estoy en la Residencia de las Hermanitas de los Pobres, en Madrid. Para mí la lectura es un poderoso factor de transformación personal. El resultado final depende del contenido de los libros y de la asimilación del lector.

La casa de muñecas – abuelas

Ricardo Escaso Arias

“Loquito” era un perro diferente, especial, que siempre nos divertía con alguna de sus “locuras”: intentar subirse a un árbol como si fuera un gato o escarbar ferozmente un hormiguero para descubrir a dónde iban esos cientos de hormigas con tanta prisa...

Esta vez se metió en la piscina de los niños y salió con el pelo convertido en una manta de agua de la que empezó a desprenderse con furiosos movimientos.

Mi abuela estaba sentada en el patio a la sombra de la parra y recibió la inesperada ducha con el ojo izquierdo muy cerrado, como si eso la protegiera del agua. Así que recibió un chaparrón que la bajó a la realidad y le borró la imagen de su casa de muñecas con la que ella estaba entretenida.

Porque mi abuela tenía una casa de muñecas en su imaginación, a la que yo llamaba casa de muñecas-abuelas. Con frecuencia, durante las largas tardes de verano, ella cerraba los ojos y veía con claridad su casa de muñecas-abuelas con sus



enormes ventanales y su jardín. Cada ventana daba a una habitación, cada habitación le traía un recuerdo y todas juntas formaban la historia de su vida.

Ella decía que había aprendido mucho, no de los años sino del tiempo, porque nombrar los años la hacía sentirse más vieja. Así que ahora se entretenía en mirar a través de cada una de las ventanas de su casa imaginaria y repasar en su mente los momentos vividos en cada habitación. Y el tiempo le había dado la capacidad de mirar esos momentos con otros ojos: con los ojos de la sabiduría.

A veces miraba por la primera ventana de la planta baja y se veía a ella misma con seis años, con sus tirabuzones, sus encajes en el vestidito blanco y una cinta rosa en la cintura, rematada por un enorme lazo. El mundo era todo dorado y rosa. Pero el tiempo le enseñó que la vida pasa y que hay otros mundos con otros colores y otras realidades a las que adaptarse.

Después se asomó por la ventana grande del primer piso y su corazón se estremeció: era el dormitorio donde recordó cómo su marido moría mientras a ella se le vaciaba el alma. Con el abuelo había sido feliz durante muchos años, a pesar de tener los dos un carácter fuerte, porque el tiempo les había hecho a los dos un regalo importante: aprender a escucharse. Y comprendieron que escuchar no solo es oír lo que dice la otra persona, sino intentar comprender su punto de vista.

Bajó su cabeza y su mirada atravesó unos visillos con flores azules: su cocina, donde había pasado gran parte de su vida. La cocina había sido una gran maestra de vida, porque le había enseñado muchas cosas. Allí se había ido gastando en el trabajo de muchos años, pero le mereció la pena, al ver cómo se

iluminaban las caras de su familia con sus tortillas, su gallina en pepitoria o su flan de huevo al baño maría.

Había aprendido a convertir la rutina diaria en un motivo de satisfacción. El tiempo, otra vez el tiempo, le había enseñado a ser feliz porque hacía felices a los demás.

Claro que, en esa misma cocina, también el tiempo le enseñó a ser humilde y a reconocer sus fallos cuando, a veces, se le cortaba la mayonesa, se le pasaba el arroz o se le abrían las croquetas al freírlas. Todas las lecciones contaban para ir alcanzando la sabiduría, o lo que es lo mismo, para madurar como persona.

Todavía estaba recordando sus recetas cuando, al levantar la cabeza, la expresión de su cara se oscureció como se oscurecen las tardes de lluvia con los nubarrones. Su mirada se quedó como pegada a una pequeña ventana en el tejado. Era la buhardilla, pero casi no podía verla porque las lágrimas se empeñaban en cubrirle los ojos. Esa ventana daba a la habitación del mayor de sus tres nietos y su preferido, aunque siempre lo negaba. No había vuelto a entrar en esa habitación, después del accidente.

La suya fue una vida rota a los veinte años, tronchada a penas nacida, sólo por empeñarse en ser el más rápido en la pista. ¡Malditas motos! repetía en su dolor. Siempre le decían que murió intentando cumplir su sueño de campeón, pero eso nunca la consoló.

En esta ocasión, al tiempo le costó más trabajo dejarle su enseñanza... pero al fin consiguió aprender, con el corazón derretido de dolor, que su nieto, perdido para ellos, había ganado en felicidad eterna.

Al final de ese día se sentía muy cansada por revivir tantas emociones, así que se fijó en la mecedora del jardín de la que “Loquito” la había levantado con sus salpicones.

Allí estaba mi abuela, sentada junto al arriate de los geranios, adormilada por una fina brisa que le traía el olor del jazmín que colgaba por encima del pozo.

Una vez más imaginó su casa con sus ventanas y sus visillos. Pero esta vez la veía más grande, más bonita, con más luz; la casa, mecida por el viento, se fue elevando suavemente hasta fundirse con la luz dorada y ocre de aquél atardecer.

Entonces una ventana se abrió, tal vez empujada por alguna nube juguetona y allí dentro estaba mi abuela con su dulce sonrisa de anciana sabia, dormida ya para el tiempo de este mundo y despierta para el tiempo eterno de Dios.



Mi nombre es Juan José, tengo 93 años y tengo dos hijos, Francisco y José Alberto. Hasta el momento he estado en la residencia Rey Ardid.

Para mí la lectura ofrece la posibilidad de viajar sin coger un avión.

La sabiduría que da el paso del tiempo

Juan José Iñarrea López

Fue la primera vez que dormí fuera de casa, era camino de Bilbao iba andando. Pasé mucho miedo. Dormí en el campo.

Al llegar a Bilbao paré en la plaza en la que se encuentra la Catedral de Begoña. Le pedí a la Virgen que me guiara en mi camino. Le pregunté a dónde ir y escuché una voz que decía “hacia el mar “. Llevaba más de un día sin comer. Aquel día me convencí de que debía tomar el buque “Marqués de Comillas” hacia Argentina.

Había salido de mi casa hacía un par de días para echar la partida en el Ibiza, bar ilustre de la capital logroñesa. Después vendí a uno de los compañeros de partida las monedas antiguas que mi padre había dejado a mi madre. Quería ayudar a mi madre. Antes de llegar a casa me perdí por la Laurel echando unos tragos. A las 11 llegaba. Aquella noche mi hermano me acusó de robar las monedas antiguas y me echó de casa.

En Bilbao no pude tomar el barco, leí en el periódico que iba camino de Santander.

Salí de Bilbao hacia Santander, pero el barco zarpó antes de que yo llegara rumbo a Galicia. Tomé de nuevo la carretera sólo pensaba alcanzar el barco y llegar a Argentina y en los nuevos americanos que volvían llenos de oro y compraban grandes fincas en las sierras riojanas que colindaban con Soria.

Después de varios días caminando empecé a aprender los secretos del campo, sus ruidos, sus animales, sus formas de hablar.

Al llegar a La Coruña me dediqué más a hacer turismo y visitar todas aquellas cosas que había estudiado de Galicia que a alcanzar al barco. Visité Finisterre, la catedral de Santiago, los astilleros de Ferrol y busqué a las meigas para que me ayudaran a cumplir mi sueño de ganar dinero y traérselo a mi madre.

Entretanto el barco estaba ya camino de Cádiz.

Me colé en un tren, lo hacía mucha gente. Chicos de 14, 16 y 17 años se colaban para escapar de sus casas. Llegué por la noche a Madrid. Después de jugar unas partidas al tute con unos chavales, dormí y al día siguiente acudí a visitar a mi tía. Su familia había querido mucho a mi padre, y su hijo nos visitó muchas veces durante la guerra. Me dieron comida y una cama.

Llegué a Sevilla días más tarde, allí me detuve a pensar en la plaza del Palacio Real. Apenas tenía dinero. Me acordé de la Torre del Oro. Allí la gente cargaba y descargaba barcos. Me pusieron a la cola, por un lado entrabas y por otro salías del barco con un saco de 50 kg. En cuanto me di cuenta de lo que era aquello me fui sin pedir ni un duro. Cogí la maleta y me puse rumbo a Cádiz.

En Cádiz me tropecé con un gaditano que me invitó a un claretos, pasé la primera noche con él por los bares. Me dio

comida el resto del tiempo que estuve allí. Dormí en un banco frente a la catedral, en cuanto la abrieron a eso de las 6 de la mañana entré al templo a continuar durmiendo. El cura me descubrió. Me sacó toda la información que quiso. Me quiso ayudar y me llevo a la Congregación Mariana de Cádiz. Yo era miembro de la de Logroño. Sólo dormí allí una noche. Yo quería ver Cádiz.

Al día siguiente me encontré por fin con el barco, el “Marqués de Comillas”. Era enorme. Probé a colarme. Apenas pude escalar un trecho por la cuerda que lo ataba al puerto. La caída al mar era de 5-6 metros. Volví para atrás.

Cuando volví a Logroño dos semanas después mi madre se alegró al verme.

De aquel viaje aprendí cosas muy diferentes. Que fuera de casa hacía mucho frío y se podía pasar mucho miedo. También que si quería disfrutar de la vida tenía que viajar y conocer gente. Y por último que la vida no te regala nada, hay que planificar, trabajar y persistir.

RELATOS CON MENCIÓN ESPECIAL



Hola, soy Ana, tengo 85 años y me encuentro en el centro Hogar Virgen Poderosa, en San Cristóbal de la Laguna (Tenerife). Para mí, la lectura y la escritura no es sólo una herramienta de entretenimiento, sino que me brinda la posibilidad de viajar a lugares que nunca podré visitar, de conocer personajes fantásticos, de evadirme y disfrutar de historias en las que aprender. De vivir "otras vidas".

La sabiduría que da el paso del tiempo

Ana Armonía Delgado Afonso

Yo nací el 2 de septiembre de 1936 y fui muy pequeña a la guardería, ya que mi padre no se preocupaba de nosotras; y mi madre, que fue una superviviente que bregó como pudo con la situación, tenía que trabajar para mantenernos a mi hermana, que era dos años más pequeña, y a mí.

Con el paso del tiempo, surgieron muchas vivencias que no comprendía, como la ausencia de mi padre, al que a veces echaba de menos y otras simplemente odiaba. Ese sentimiento contradictorio me acompañó durante muchos años, pero gracias a la sabiduría que da el paso del tiempo y a abrazar mi fe, fui capaz de perdonar e incluso de pensar que como no conocí mucho de él, su vida tampoco habría sido fácil.

Aquí también aprendí de mi madre no sólo a luchar y a saber seguir adelante, sino también a perdonar y amar sin condiciones.

Una de las cosas más importantes para mí fue poder ir a la escuela, donde empezó a gustarme mucho la lectura y la escritura, pasión que sigo conservando y que me sirve para seguir saliendo adelante.

Después de la escuela comencé a trabajar en el oficio de remallar medias, donde estuve 12 años. Me topé con personas maravillosas, sobre todo una chica, Pilar, que me enseñó el oficio con mucho cariño y se convirtió en mi amiga, a la que nunca olvidaré.

El tiempo también jugó a mi favor, y una noche en la Octava del Cristo de La Laguna, el 21 de septiembre de 1956 y en la plaza de la iglesia, la mirada de un joven me llegó al corazón. Domingo se convirtió en el hombre de mi vida, la persona que más me ha querido en el mundo.

Cuatro años después nos casamos. Y durante los primeros cuatro años no llegaron los niños; así que, a parte de mi trabajo, me entregué a ayudar en la parroquia como miembro de Cáritas, agente de pastoral y catequista. También me dediqué a enseñar a leer y escribir a las personas sin recursos. Hacer eso me hacía feliz y llenaba de paz. No tenía nada que dar, no era rica ni podía dar dinero, por lo que entregaba mi tiempo.

La vida nos premió con tres hijos, tres chicos que han sido muy buenas personas, a los que les ha encantado la música, música que llenó nuestro hogar.

Lamentablemente la vida no siempre es justa ni fácil, y perdimos al mayor con tan sólo treinta y tres años. Fue un golpe durísimo del que uno no se recupera del todo, pero con el paso de los años aprendes a ser agradecido con el regalo que supuso el trayecto de vida compartido.

El poder irme a la isla de Lanzarote a visitar a mi hijo pequeño me ayudó a seguir adelante tras la tragedia. El mar y la fe fueron mis salvavidas.

A pesar de todo, yo doy gracias a la vida por la familia, por la música, por los libros, por la naturaleza y por la fe.

Para la vida no existen instrucciones y la historia de cada persona es una suma de proyectos e imprevistos, de momentos alegres y otros muy duros.

Con el paso del tiempo una aprende a no desesperarse; no podemos retener todo lo que quisiéramos, y uno es más feliz a partir del día en que descubre que nuestro mayor tesoro es nuestro tiempo, que transcurre como un torrente que puede ser compartido, pero no detenido. Lo mejor de mi vida está hecho a base de instantes de quienes me ayudaron y compartieron mis ilusiones.

Todavía mi corazón se ilumina cuando entrego mi existencia en instantes tan fugaces como una sonrisa, algo que influye para bien en la vida de las personas que actualmente me rodean.

Cada vida es única, genuina, y que prevalezca lo positivo tanto en el presente como en los recuerdos, es un reto que está siempre a nuestro alcance.



Soy Rosario, tengo 89 años y mis amistades me llaman Charo. Nací en Corella, aunque me fui a vivir a Tudela. Me casé y tengo 6 hijos. Trabajé junto a mi marido en casa, con una máquina de plisar faldas y vestidos. La lectura me ha hecho mucha compañía a lo largo de mi vida, trasladándome a otro mundo. Ahora echo de menos leer, pues he perdido la vista. Actualmente me encuentro en la residencia Don Francisco de Asís de Cintruénigo (Navarra), dónde sigo disfrutando de la lectura en sus variados formatos.

Los dos bandos

Rosario López Izal

En estos días, mientras leo las noticias, vienen a mi memoria una historia ocurrida a mi familia.

Ocurrió en septiembre del 36, habiendo empezado la guerra. Yo era muy joven por aquel entonces. Pero mi padre nos la ha contado muchas veces y la recuerdo.

En mi pueblo apareció un desfile de camiones del ejército, en el que viajaban jóvenes voluntarios que se iban a alistar en el ejército, eran falangistas.

Mi hermano que tenía 16 años y otros chicos como el, seguían a los camiones apie, como si de un desfile de carrozas se tratase. En aquel momento mi hermano no entendía de bandos ni sabía a donde se dirigían esos jóvenes, pero alentado por alguno de ellos se subió a uno de esos camiones, creyendo que iba a una manifestación.

El convoy llegó a la ciudad y ya no le dejaron bajar del camión, fue alistado como soldado. Durante dos meses no supimos dónde podría estar, la tristeza que vivimos en mi casa no se me olvida.



Pero, alguien dio noticias de él y mi padre, no se lo pensó, se marchó a buscarlo.

El camino fue difícil, pensando si lo encontraría, si estaría herido. En fin, los temores lógicos en aquella situación. Al tiempo de ir caminado mi padre se encontró con un soldado del bando republicano, que llevaba dos mulas con dos cadáveres cada una, probablemente compañeros suyos.

Con mucha precaución mi padre se detuvo ante él, mi padre estaba nervioso porque no sabía cómo acabaría, se saludaron y el hombre pregunto que a donde se dirigía. Mi padre le explico lo ocurrido. El soldado le dio las indicaciones para salir de esa zona, pues estaba en el bando contrario. Le señalo unas tiendas a lo lejos y le dijo que allí encontraría a los altos mandos y le deseo suerte.

Mi padre se marchó con miedo de que el hombre le pegara un tiro por la espalda, pero el soldado le saludo y se marchó.

Siguió andando por donde le había aconsejado el soldado y se topó con unos soldados, que lo detuvieron en el momento, no lo trataron muy bien y no le dejaban explicarse y lo detuvieron.

Estuvo detenido varios días hasta que fue identificado y supieron que era de su bando. Buscaron a mi hermano y le dejaron ir a casa unos días de permiso. Fue la última vez que vimos a mi hermano, pues a los meses nos avisaron de que había muerto en el frente.

Mi padre nos contaba la historia con dolor por la pérdida de un hijo, pero para mi padre aquello fue una experiencia que nunca olvido. Aquellos días mi padre descubrió que en todos

los bandos hay personas buenas y no tan buenas y que, al final, las guerras no las gana nadie.

Él siempre decía que se le grabo la cara de aquel soldado que aun siendo del bando contrario, le ayudo y le dio esperanza para encontrar a su hijo.



Mi nombre es Isabel y me he dedicado al corte y la confección trabajando en fábricas y talleres de costura. Me mudé a Menorca y, junto con mi marido, montamos una tienda de bebé y un supermercado. Mis aficiones son viajar, ganchillo, la jardinería, el mar y, por supuesto, leer.

La Sabiduría que da el paso de los años

Isabel Castillo Medina

Me llamo Isabel y tengo 88 años. Tengo mucho ímpetu, pero poca movilidad de piernas.

No he tenido hijos ni hermanos y desde que murió mi marido hace 32 años he estado sola.

No me considero una persona sabia, me considero una persona normal y corriente que lo que no quiere para ella no lo quiere para los demás y vive y deja vivir.

La propia vida es la que me ha aportado la sabiduría que tengo, con nuestros comportamientos para hacer frente a los variados problemas que ocasiona la convivencia.

He vivido desde niña muchas experiencias, algunas duras, porque me tocó vivir la guerra civil, pero ya pasó y no quiero recordar tanta amargura. Las malas experiencias también te aportan sabiduría porque te enseñan a huir de la perversión.

En nuestra forma de ser y afrontar la vida influyen mucho los genes, pero también influye mucho el ambiente en el que te hayas criado y yo he tenido la suerte de que mi abuela me ha transmitió mucha sabiduría, me contaba muchas historias que su padre le contaba a ella cuando era niña, él era un intelectual muy bueno y le contaba muchos adelantos que existen hoy día

pero que antes no se conocían como por ejemplo que los hombres volarían por los aires. Yo le debo mucho a mi abuela, era una persona sabia y prudente y tuvo la osadía de dejar a su marido y sacar cuatro hijos adelante trabajando mucho.

La vida ha progresado mucho y no es lo mismo la vida de hoy que hace ochenta años, cuando yo tenía ocho años. Era muy diferente...me acuerdo que, una vez iba con una compañera del colegio y nos metimos en una casa, en un portalón grande en Córdoba y había un ascensor y lo abrimos y nos metimos dentro y el ascensor empezó a subir. Era la primera vez que yo me metía en un ascensor y la recuerdo como una gran experiencia y parece como si lo estuviese viendo ahora mismo...yo le decía a mi compañera ¡Un balcón subiendo para arriba! Al tener las puertas de hierro eso es lo que me pareció a mí, un balcón que subía.

Ahora hay muchos adelantos, pero el hombre no se da cuenta que la tierra la tiene ya moribunda y de que todas sus materias primas se las han comido, por no hablar de la envidia y el odio que hay en el mundo.

Son muchas las preguntas que me he hecho desde mi juventud y pocas las repuestas que he tenido de personas inteligentes y de Universidad.

El saber no ocupa lugar, y las ganas de conocer sobre la propia vida para mí es algo innato desde muy joven. Siempre me ha gustado aprender cosas nuevas en todos los sentidos.

A lo largo de mi vida he tenido muchas vivencias y muchos trabajos que hacer.

Como me gustaba viajar he viajado todo lo que mi salud me ha permitido. Lo pasaba muy bien viajando.

Admiro el arte en toda su amplitud.

Leer también me gusta mucho. He leído todo lo que más me gustaba y me ayudaba a entender mejor el mundo que me ha tocado vivir ¿por qué nacemos sin pedir permiso?

Llegó un momento en el que tuve que hacerme la pregunta más difícil, qué hacía con mi cuerpo que se tambaleaba y caía al suelo, y lo peor sin poder levantarme sola...pensé en una Residencia para Mayores...sería largo de contar...

He tenido la suerte de vivir en una Isla y poder disfrutar del mar, que me gusta mucho, así que me hubiese gustado que mi residencia estuviese cerca del mar. Pero vino el virus y comenzó a mover el mundo y tuve que coger la Residencia que más cerca tenía y de la que mejor me habían hablado.

Mi salud no me permitió vivir más tiempo sola, así que el próximo abril hará un año que estoy disfrutando de buenos compañeros y el mejor hotel de todos mis viajes, y eso que siempre he ido de tres y cuatro estrellas.

Durante este año he vivido nuevos y diferentes momentos y me he tenido que adaptar a ver a mis compañeros en el estado de inmovilidad que tienen. Yo con una muleta voy aguantando derecha, sin pensar mucho en el tiempo que será.

Con los años se adquiere serenidad y paciencia algo bastante importante para relacionarse y dormir “a pata suelta” y he aprendido lo que nos acomplejamos con la vida, por eso hace años que me quité de encima “el qué dirán”.

Bajo mi punto de vista las sociedades están formadas por conocimientos absurdos que no dan la felicidad al ser humano,

porque hay mucha falsedad y todos miran para sí mismos y no para el conjunto.

Mi lema siempre ha sido vivir y dejar vivir, así se vive la mar de a gusto y creo que la humanidad iría mucho mejor si nos respetáramos más los unos a los otros.

Siempre pienso en la cantidad de hombres y mujeres que se fueron a otros países sin saber la lengua, sin saber leer ni escribir, a esos los veo yo muy sabios, y muy inteligentes. Hay que tener mucha valentía para irse a un país que no sabes la lengua, que no lo conoces en nada, a trabajar y ganarte la vida para llevar algo a tu país. Eso me parece fabuloso y creo que es la naturaleza la que permite nacer con ese talento.

Tengo la certeza que lo que más sabiduría me ha aportado a mí con el paso de los años ha sido el amor, pero no el amor hombre y mujer, influye también pero no. Hay una palabra que describe ese amor, pero ahora no me acuerdo de ella. Me refiero a ese amor sin recompensa, que se hace porque quieres hacerlo, no porque te lo devuelvan, ni buscando...lo haces porque te sale. Eso para mí ha sido muy grande siempre, las personas que aman sin esperar nada.

Ahora ya no tengo futuro, porque la edad no me permite futuro y muchas veces me vengo abajo, porque me doy cuenta de qué es la vida si no puedes hacer todo aquello que desearías. Me he tenido que adaptar a vivir por vivir.



Y ahora, da la vuelta al libro y descubre los relatos adaptados a lectura fácil.

RELATOS CORTOS DE VIDAS QUE CUENTAN III



La sabiduría que da el paso del tiempo

Textos adaptados a lectura fácil

Varias autoras y autores



●●● Compromiso y Solidaridad
con la Persona



Selección de relatos cortos presentados
a la IV Edición del concurso de relato corto de
Fundación Lares

Varias autoras y autores

Grupo social Lares

Primera edición: 2022

Varias/os autoras/es

Adaptación a lectura fácil: María Peralta Vidaurreta

Grupo social Lares

www.lares.org.es



Esta obra, en su parte señalada, sigue las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Libraries Associations and Institutions) para materiales de Lectura Fácil dirigidos a personas con dificultades de comprensión lectora.

Tiene la aprobación de la Asociación Lectura Fácil (Madrid)

Esta publicación ha sido realizada dentro del proyecto de **FUNDACIÓN LARES**: “Clubes de Lectura Fácil para residencias y centros de personas mayores y personas en situación de discapacidad”, financiado por el **Ministerio de Cultura y Deporte**



Agradecemos al Ministerio de Cultura y Deporte su apoyo en nuestro proyecto de fomento de la lectura durante estos años, a todos los que compartieron sus historias en la IV edición del concurso de relato corto Lares, a las personas y centros que participan en alguno de los clubes de lectura y son miembros de la Red de clubes de lectura fácil Lares y por último a los jueces del concurso por su colaboración.

Índice

| | |
|--------------------|---|
| Presentación | 7 |
|--------------------|---|

RELATOS PREMIADOS

| | |
|----------------------------------------|----|
| Carta a Emiliano | 11 |
| Casa de muñecas – abuelas | 17 |
| La sabiduría que da el paso del tiempo | 23 |

RELATOS CON MENCIÓN ESPECIAL

| | |
|----------------------------------------|----|
| La sabiduría que da el paso del tiempo | 33 |
| Los dos bandos | 39 |
| La sabiduría que da el paso del tiempo | 45 |
| Textos originales | 51 |

Presentación

En Lares nos sentimos muy felices con la publicación de este libro y queremos compartir este sentimiento con las personas lectoras.

Este libro trata de una selección de relatos presentados en la IV Edición del Concurso de Relato Corto, organizado por la Fundación Lares dentro de su proyecto Clubs de Lectura Fácil para residencias y centros de mayores y personas en situación de discapacidad.

Podemos encontrar en el presente libro los relatos ganadores del certamen y los relatos que el jurado ha destacado con mención especial.

La temática de los relatos, “La sabiduría que da el paso del tiempo”, nos ha dejado reflexiones basadas en la experiencia y sabiduría, siendo de gran calado emocional.

El libro recoge tanto los textos originales presentados al concurso, como su versión adaptada a Lectura Fácil.

Estamos convencidas y convencidos de que estos relatos despertarán en la persona lectora multitud de emociones y aprendizajes de vida.

¡Os invitamos a que pasen página y disfruten de su lectura!

Juan I. Vela Caudevilla
Presidente de Fundación Lares

RELATOS PREMIADOS

Carta a Emiliano

María de los Ángeles Gutiérrez Segura

Querido Emi:

Estoy pensando en ti, como siempre,
porque te echo mucho de menos.

Te diré que estoy algo enfadada.

¿Cómo se te ocurre morirte con lo bien
que podíamos estar viajando juntos?

Contigo daba gusto viajar.

Conocías todos los sitios
y sabías dónde estaba lo más interesante.

Me acuerdo del día que te conocí.
Me gustaste y no lo disimulé.
Me acerqué y me pegué a ti
como si me hubieran echado pegamento.

Me queda la ilusión de que tuviste una buena
muerte,
teniendo en cuenta que la muerte nunca es
buena.

Recuerdo que un día me avisaste
de que te ibas a morir.

-¿Tienes fiebre? -te pregunté yo.

-No -me respondiste tú.

-¿Entonces te duele algo? -quise saber.

-No, tampoco -me dijiste.

-Pues entonces no creo que te mueras.

Tienes muy buen aspecto

y seguro que te quedan muchos años de vida

-aseguré yo.

No te creí.

Pero acertaste, como casi siempre.

Seguro que donde estés, estás bien.

Yo te sigo queriendo y creo que no tardaré
mucho en verte porque la vida pasa rápido.

Espero que el día que me tenga que ir
vengas a buscarme para enseñarme el camino.
Si me voy contigo me fastidiará menos morirme.
Tu ya pasaste ese mal trago
y un día me tocará a mí pasarlo.

Nuestros hijos, que son jóvenes.
se quedarán aquí.
Ellos. están bien.
Son buenos chicos y se portan muy bien.
Han salido a ti.

Te estoy escribiendo desde la residencia
“Rosas del Camino”.
Ahora estoy con unos compañeros
que tienen más de 90 años.
Se les ha olvidado cómo se juega a las cartas.
Igual que a mí.

Oigo hablar a dos de ellos.
Son Lucía y Domingo.
Su conversación me hace gracia.
Domingo está casi ciego.
Por eso usan unas cartas muy grandes
que se les caen de las manos.

A Lucía no le gustan las cartas tan grandes
y le dice a su compañero:

-Esta carta está estropeada ¿La tiramos?

Bueno, vale -le contesta Ramón.

Y siguen jugando.

En esta residencia siempre hay motivos
para reírse.

Mientras te escribo me acuerdo de esa poesía
dedicada a la música que te recitaba en casa.
Aquella que me recordaba a mi abuelo.
¿Te acuerdas?

Ya me despido.

Te mando un abrazo y muchos besos.

La casa de muñecas abuelas

Ricardo Escaso Arias

Mi abuela tenía una casa de muñecas en su imaginación.

En las tardes de verano, sentada en el patio a la sombra de un árbol, cerraba los ojos y veía de forma muy clara la casa de muñecas con sus grandes ventanas y su jardín.

Cada ventana daba a una habitación.
Cada habitación daba a un recuerdo.
Y todas ellas formaban la historia de su vida.

El tiempo le había enseñado a mirar por todas estas ventanas y ver las cosas con más sabiduría.

Cuando miraba a la ventana de la planta baja se veía a ella misma de pequeña, con seis años. Llevaba un vestidito blanco y una cinta rosa en la cintura unida al vestido con un lazo enorme.

Después miraba a la ventana del primer piso. Su corazón temblaba porque ahí recordaba la muerte de su marido.

Fue feliz con él durante muchos años. Tenían dos caracteres muy fuertes, pero el tiempo les enseñó a escucharse.

Comprendieron que escuchar no es solo oír lo que dice la otra persona.

También es intentar entender su punto de vista.

Miró por otra ventana y vio unos visillos de colores.

A través de estos visillos de colores se veía la cocina en la que había pasado gran parte de su vida.

La cocina le había enseñado muchas cosas. Allí vio muchas veces las caras de su familia felices cuando ella cocinaba su tortilla, su gallina en pepitoria o su flan de huevo.

En este mismo lugar, el tiempo también le enseñó a aprender de sus errores cuando se le cortaba la mayonesa o se le pasaba el arroz.

Estaba pensando en estos recuerdos felices

cuando fijó la mirada en otra ventana
y se puso muy triste.

Era la pequeña ventana del tejado
que daba a la buhardilla.

Esa buhardilla fue la habitación de su nieto
mayor.

Su favorito, aunque siempre lo negara.

El chico murió a los 20 años
en un accidente de moto.

Perdió la vida por querer ser el más rápido en la
pista.

Murió haciendo lo que más le gustaba,
pero eso no consolaba a su abuela.

Esta vez le costó mucho aprender lo que el paso
del tiempo le quería enseñar.

Al final comprendió que el chico

había perdido muchas cosas.

Pero había ganado en felicidad eterna.

Una tarde, mi abuela volvió a ver la casa de muñecas.

Pero esta vez la casa era más grande, más bonita y tenía más luz.

Entonces, una ventana se abrió y allí se vio mi abuela a ella misma con su dulce sonrisa de anciana sabia.

Se quedó dormida en este mundo para siempre y despierta para toda la eternidad en el reino de Dios.

La sabiduría que da el paso del tiempo

Juan José Iñarrea López

Un día, hace muchos años, salí de mi casa en Logroño para ir a echar la partida al bar. Llevaba conmigo las monedas antiguas que mi padre le había dejado a mi madre. Se las vendí a uno de mis compañeros de partida.

Mi intención era llevar dinero a casa para ayudar a mi madre, pero antes de volver me gasté algo de ese dinero bebiendo unos tragos en la calle Laurel.

Cuando llegué a casa por la noche
mi hermana me acusó de robar las monedas
antiguas y me echó a la calle.

Esta fue la primera noche que dormí fuera de mi
casa.

Decidí irme a Bilbao.

Dormí en el campo y pasé mucho miedo.

Al llegar a Bilbao le pedí a la Virgen de Begoña
que me guiara en mi camino y me dijera
hacia dónde debía ir.

Entonces escuché su voz que me decía:

“Vete hacia el mar”.

Me convencí de que debía tomar el barco
“Marqués de Comillas” que iba a Argentina.

En Bilbao no pude coger este barco.

Pero leí en el periódico que iba camino a Santander.

Así que yo también fui a esa ciudad.

Volví a llegar tarde.

Cuando llegué a Santander el barco ya se había ido camino de Galicia.

Volví a ponerme en camino para ir a su encuentro.

Yo quería ser uno de esos hombres que iban a América, volvían llenos de oro y compraban grandes fincas en la sierra riojana.

Conseguí llegar a Coruña después de estar varios días caminando.



Me dediqué a conocer la ciudad, hacer turismo, visitar Finisterre, la catedral de Santiago y el Ferrol.

Una vez más perdí el barco.

Mientras yo visitaba todos estos lugares, el “Marqués de Comillas” partió hacia Cádiz.

Decidí una vez más seguir al barco.

Me colé en un tren que iba a Madrid.

Llegué a esta ciudad de noche.

Jugué unas partidas de cartas con unos chicos y después me fui a casa de mi tía, que vivía en Madrid.

Esa mujer quería mucho a mi padre.

Me dio comida y me dejó pasar la noche allí.

Días más tarde llegué a Sevilla.
Me quedaba muy poco dinero,
así que me fui a la Torre del Oro.
Allí había trabajo cargando y descargando
barcos.

Cuando vi que los sacos que descargaban
pesaban 50 kilos me marché sin trabajar.
Me fui camino de Cádiz.

Al llegar a Cádiz, un gaditano me invitó a vino
y pasé la primera noche con él, de bar en bar.
Por la mañana entré a la Catedral a dormir.
Allí me descubrió un cura que intentó ayudarme.
Aunque yo no le dejé.

Al día siguiente me encontré por fin
con el “Marqués de Comillas”.
Era un barco muy grande.

Intenté colarme, pero vi que era muy peligroso.
Así que me di la vuelta y me volví a Logroño.
Mi madre se alegró mucho al verme.

En ese viaje aprendí tres cosas muy importantes:

Fuera de casa hace mucho frío
y se puede pasar mucho miedo.

Para disfrutar de la vida hay que viajar
y conocer gente.

La vida no te regala nada.
Hay que planificar, trabajar e insistir.

RELATOS CON MENCIÓN ESPECIAL

La sabiduría que da el paso del tiempo

Ana Armonía Delgado Afonso

Nací el 2 de septiembre de 1936.

Fui muy pequeña a la guardería.

Mi madre no se podía ocupar todo el tiempo de mi hermana y de mí.

Tenía que trabajar mucho porque mi padre no nos prestaba atención ni cuidaba de nosotras.

Yo no comprendía porqué mi padre no estaba con nosotras.

A veces le echaba de menos y otras veces le odiaba.

Este sentimiento me duró muchos años.

Pero gracias a la sabiduría que da el tiempo
y a mi fe pude perdonar.

E incluso pensar que quizá la vida de mi padre
tampoco fue fácil.

De mi madre, en esta época aprendí a luchar,
a salir adelante, a perdonar y a amar
sin condiciones.

Para mí, fue muy importante ir a la escuela.
Allí me empezó a gustar la lectura y la escritura.
Todavía conservo estas pasiones,
que me ayudan a pasar mi día a día.

Al terminar la escuela empecé a trabajar
arreglando medias.

Trabajé en este oficio durante 12 años.

Allí conocí a personas maravillosas.

En especial, a mi amiga Pilar

a la que nunca olvidaré.

El tiempo también me ayudó a conocer a

Domingo.

Él ha sido el hombre de mi vida.

La persona que más me ha querido en el mundo.

Le conocí en el año 1956 y nos casamos

cuatro años después.

En los primeros años de matrimonio no tuvimos

hijos.

Así que me dediqué a ayudar en la parroquia

y a enseñar a leer y escribir a las personas

sin recursos.

Al cabo del tiempo la vida nos premió

con tres hijos.



Tres chicos que han sido muy buenas personas
y a los que les ha gustado mucho la música.

Por desgracia, nuestro hijo mayor murió
cuando solo tenía 33 años.

Fue un golpe muy duro del que nunca
me he recuperado del todo.

Pero con el tiempo he aprendido a agradecer
los años de vida que pasé con él.

Me fui a Lanzarote con mi hijo pequeño
para intentar superar la tragedia.

El mar y mi fe me ayudaron mucho.

A pesar de las cosas malas que me han pasado
doy gracias a la vida por mi familia, la música,
los libros, la naturaleza y la fe.

Con los años he aprendido que nuestro mayor tesoro es nuestro tiempo.

Lo mejor de mi vida está hecho de momentos que compartí con quienes me ayudaron y vivieron conmigo mis ilusiones.

Nos tenemos que dar cuenta de que nuestra vida es única y debemos intentar vivir de forma positiva el presente y nuestros recuerdos.

Los dos bandos

Rosario López Izal

Cuando leo estos días las noticias de la guerra me acuerdo de un hecho que pasó en mi familia en septiembre de 1938, durante la Guerra Civil Española.

En esos días apareció en mi pueblo un desfile de camiones del ejército.

En estos camiones viajaban jóvenes que se iban a la guerra de manera voluntaria.

Eran falangistas.

Los falangistas pertenecían a La Falange.
Movimiento político que luchaba a favor
del General Franco.

Mi hermano era muy joven en esa época.
Solo tenía 16 años.
Él y algunos chicos más del pueblo
siguieron a los camiones sin saber bien
qué significaban y a dónde iban.
Creían que iban a una manifestación.

Los jóvenes que estaban montados en el camión
animaron a mi hermano a subir.
Una vez que estuvo arriba ya no le dejaron bajar.
Así se convirtió en un soldado más.
Durante dos meses no supimos nada de él.
En mi casa había una tristeza enorme.

Pero un día, alguien le dio a mi padre

noticias de mi hermano.

Y mi padre no se lo pensó dos veces.

Se fue a buscar a su hijo.

Empezó su camino con mucho miedo.

No sabía qué se podía encontrar.

Cuando llevaba un tiempo caminando se encontró a un soldado del bando republicano.

El chico cargaba con dos mulas y dos cadáveres en cada mula.

Seguramente, los cadáveres eran compañeros suyos.

Mi padre sintió miedo porque el bando republicano era el contrario al suyo.

El soldado le preguntó que a dónde iba y mi padre le explicó la verdad:

-Voy a buscar a mi hijo -le dijo.

El soldado le contestó:

-Sal de esta zona.

Aquí estás en peligro.

Anda hacia esas tiendas que se ven a lo lejos.

Allí encontrarás a los altos mandos.

Mi padre le agradeció la información

y el soldado le deseó suerte.

Mi padre se marchó con miedo de que el soldado

le diera un tiro por la espalda.

Pero eso no pasó.

Cuando llegó al lugar dónde estaban las tiendas

unos soldados le retuvieron.

Le tuvieron unos días detenido

hasta que comprobaron que era de su bando.

Entonces buscaron a mi hermano y le dejaron venir unos días a casa de permiso.

Esa fue la última vez que vimos a mi hermano. Unos meses después nos avisaron de que había muerto en la guerra.

Mi padre siempre contaba esta historia con dolor por la muerte de su hijo.

Pero también con la lección aprendida de que en todos los bandos hay gente buena y gente menos buena.

Nunca olvidó al soldado del bando contrario que le ayudó a encontrar a su hijo.

Mi historia

Isabel Castillo Medina

Me llamo Isabel y tengo 88 años.

No tengo hijos ni hermanos.

Estoy sola desde que murió mi marido hace 32 años.

Me considero una persona normal.

Con mucha fortaleza, pero con poca movilidad en las piernas.

La sabiduría que tengo me la ha dado la vida con los aprendizajes que nos ayudan a hacer frente a los problemas.

Desde pequeña he vivido muchas experiencias.
Algunas fueron duras ya en mi infancia
porque me tocó pasar la Guerra Civil Española.

Pero también en mi infancia tuve la suerte
de contar con mi abuela.

Ella me enseñaba muchas cosas.

Era una persona sabia, prudente y valiente.

Tuvo la valentía de abandonar a su marido
y sacar a sus cuatro hijos adelante
trabajando sin descanso.

Desde entonces la vida ha cambiado mucho.

Recuerdo que cuando tenía ocho años
me metí por primera vez en un ascensor
con una compañera de colegio.

Fue una gran experiencia para mí.



Yo le decía a mi amiga:

“¡Estamos en un balcón que sube hacia arriba!”.

Ahora hay muchos adelantos y estas cosas ya no llaman la atención.

Pero hay que darse cuenta de que la Tierra está sufriendo mucho porque no la cuidamos.

Nos quedamos sin algunos productos por la avaricia de algunos.

Desde que era joven me ha gustado mucho leer y también viajar.

He viajado todo lo que mi salud me ha permitido.

Pero llegó un momento que tuve que pensar qué podía hacer con mi cuerpo.

Me caía al suelo y no podía levantarme sola.

Era la hora de pensar en ir a una residencia para mayores.

Me hubiese gustado ir a una residencia que estuviera cerca del mar.

Pero llegó el virus y tuve que ir a la que estaba más cerca y de la que mejor me habían hablado.

Desde abril del año pasado vivo en la residencia disfrutando de mis compañeros.

Este es el mejor hotel en el que he estado en todos los viajes que he hecho.

Hoy en día, sigo andando con mi muleta, que me deja mantenerme recta, de momento.

No me importa el “qué dirán” porque con los años he aprendido que los complejos no sirven de nada.

Y que lo importante es tomarse la vida con serenidad y paciencia.

El tiempo también enseña a valorar

la valentía de otras personas.

Yo pienso mucho en esos hombres y mujeres que se han ido a otro país sin saber el idioma para trabajar y ganarse la vida.

Me parecen personas sabias y valientes.

Yo estoy segura de que el amor es lo que me ha dado más sabiduría en esta vida.

Me refiero al amor de hacer algo sin recompensa, porque quieres hacerlo, no porque te lo devuelvan.

Siempre he admirado mucho a las personas que aman sin esperar nada.

Ahora no pienso en el futuro porque ya soy muy mayor.

Me he adaptado a vivir por vivir.



Y ahora, da la vuelta al libro y descubre
los relatos originales.